



OWEN BARFIELD
SALVAR LAS APARIENCIAS

UN ESTUDIO SOBRE IDOLATRÍA

ATALANTA







IMAGINATIO VERA

ATALANTA

92





Owen Barfield, 1935. Lafayette Ltd.

OWEN BARFIELD
SALVAR LAS APARIENCIAS

UN ESTUDIO SOBRE IDOLATRÍA

TRADUCCIÓN
JOAQUÍN CHAMORRO MIELKE

PRÓLOGO
SAM BETTS



ATALANTA

2015

En cubierta y guardas: *Paisaje con arcoíris*,
Caspar David Friedrich, ca. 1810.

Dirección y diseño: Jacobo Siruela.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

Título original: *Saving the Appearances. A Study in Idolatry*

© 2011 Owen Barfield Literary Estate

© De la traducción: Joaquín Chamorro Mielke

© Del prólogo: Sam Betts

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34

atalantaweb.com

ISBN: 978-84-943030-6-7

Depósito Legal: Gi.-25-2015

ÍNDICE

Prólogo

11

Introducción a la edición de 1988

35

Introducción a la edición de 1957

39

I

El arcoíris

43

II

Representaciones colectivas

48

III

Figuración y pensamiento

51

IV

Participación

58

V

Prehistoria

67

VI

La participación original

72

VII

Apariencia e hipótesis

80

VIII

Tecnología y verdad

88

IX

Una evolución de los ídolos

95

X

La evolución de los fenómenos

103

XI

El entorno medieval

110

XII

Algunos cambios

120

XIII

La textura del pensamiento medieval

126

XIV

Antes y después de la revolución científica

136

XV

La era grecorromana (mente y movimiento)

141

XVI

Israel

154

XVII

El desarrollo del significado

164

XVIII

El origen del lenguaje

172

XIX

Síntomas de iconoclasia

177

XX

La participación final

186

XXI

Salvar las apariencias

197

XXII

Espacio, tiempo y sabiduría

204

XXIII

Religión

214

XXIV

La encarnación del Verbo

227

XXV

El misterio del reino

236

Índice onomástico y analítico

251

Prólogo

En 1971 tuve la fortuna de poder participar como estudiante en varios seminarios de Owen Barfield y oírle hablar en ellos. Me atraían la claridad de su pensamiento y la perfecta seriedad con que trataba de literatura, filosofía y conocimiento. Para él, estas disciplinas radican en el corazón mismo de lo que significa ser humano. Ningún profesor de mi universidad lo había igualado en esto, y esto era lo que yo andaba buscando. Unas cuantas preguntas bullían en mí. ¿Cuál es la relación real de mi inquieto yo interior con el mundo exterior? ¿Por qué soy un ser autoconsciente? ¿Cómo hemos llegado los seres humanos a estar donde ahora estamos? La literatura y la filosofía deben ocuparse de estas cuestiones, y Barfield dejaba bien claro el porqué.

Con el fin de crear un contexto desde el cual explorar sus ideas, describiré ciertas escenas de la primera parte de su longeva existencia. Owen Barfield nació en el norte de Londres el 9 de noviembre de 1898 y murió en Forest Row, Sussex, en el sureste de Inglaterra, el 14 de diciem-

bre de 1997, poco más de un mes después de haber celebrado su noventa y nueve cumpleaños. Era el menor de cuatro hermanos, dos chicas y dos chicos. Su padre era abogado y su madre una excelente pianista y una ferviente feminista. Como otras familias de clase media de la época, su entorno doméstico incluía una niñera, una cocinera y una doncella. Asistió a la Highgate School, un típico colegio inglés fundado en 1565, donde el latín y el francés eran obligatorios a partir de los ocho años –Barfield acabaría especializándose en lenguas clásicas (lengua y literatura latina y griega).

En su adolescencia comenzó a sufrir de tartamudez. Más tarde pensaría que ésta empeoró con el estallido de la Primera Guerra Mundial y que tal vez su causa fuera un profundo miedo inconsciente, pues no era producto de ninguna dolencia física. Aunque no afectó negativamente a su trabajo académico, era la prueba de una aflicción social. En torno a los quince años llegó a escribir un poema sobre el sueño en el que mencionaba su deseo de no volver a despertar. Este problema oral lo acompañó toda su vida –sus clases eran magníficas, pero solía valerse de un texto preparado al efecto–, salvo cuando recitaba poesía, cantaba o actuaba. El amor al lenguaje estaba en el corazón de toda su obra: su don (y quizá su destino) era la capacidad de remoldear la palabra escrita como un medio para expresar el redescubrimiento del significado. Finalizó su etapa escolar durante la guerra y en 1917 fue llamado a filas. Compartía con sus padres la desaprobación del patriotismo de la época. Tuvo la suerte de librarse del frente occidental, donde la expectativa de vida para un soldado de infantería era de tan sólo tres semanas. Lo habían destinado a comunicaciones y asistió a la guerra desde un puesto seguro.

De 1919 a 1923 estudió lengua y literatura inglesas en la Universidad de Oxford. En ese período inició una profunda y larga amistad con un compañero de estudios, C. S. Lewis, que luego se haría célebre por sus escritos sobre literatura inglesa y cristianismo, y especialmente por *Las crónicas de Narnia*, la primera de las cuales escribió para la hija de Barfield, Lucy. En 1920, siendo todavía estudiante, Barfield publicó un artículo en *The New Statesman* con el título «Form in Poetry». Recordándolo más tarde, escribió:

Sostenía que la forma en la poesía no reside en el mundo perceptible a través de los sentidos, sino en la consciencia, la consciencia humana entre el poeta y su lector... [Escribir el artículo] fue de hecho la ocasión para comenzar a contemplar la consciencia humana como un campo, una categoría, algo que considerar y estudiar aparte.¹

Otra de las influencias que recibió en sus días de estudiante fue su participación en bailes folclóricos. En las vacaciones veraniegas recorría Cornualles (la península situada al suroeste de Inglaterra, bañada por el Atlántico) con un grupo de músicos y bailarines. Vivía con particular intensidad los bailes folclóricos ingleses: «Tenía una experiencia muy intensa de la música, que fluía a través de mí... Yo permanecía inmóvil, pero la música fluía a través de mí».² Fue un miembro activo de la Folk Dance Society, radicada en Oxford. De este período son también su dolor por un amor no correspondido y una profunda inmersión en la lectura y la escritura de poemas; incluso

1. Simon Blaxland-de Lange, *Owen Barfield: Romanticism Come of Age. A Biography*, Temple Lodge, Londres, 2006, pág. 19.

2. *Ibid.*, pág. 22.

escribió una serie de sonetos que se publicaron en el *London Mercury* en 1922. El interés por el baile repercutió decisivamente en su vida: trabó amistad con la instructora de baile Maud Douie, que en 1923 se convertiría en su esposa. El matrimonio duró, pese a las dificultades, hasta la muerte de Maud en 1980. En los años veinte adoptaron a dos niños, Alexander y Lucy. A un tercero, Jeffrey, lo acogieron durante la Segunda Guerra Mundial.

En los años veinte y los primeros treinta prosiguió su participación activa con Maud en la música, el teatro y los bailes. Entretanto, alimentaba sus intereses literarios. Publicó artículos en diversas revistas, así como dos libros, *History in English Words* (1926) y *Poetic Diction* (1928). En aquella época sentía que la música y la danza eran igual de importantes para sus afanes literarios.

Los últimos años veinte fueron la época de lo que llamó su «gran guerra» con C. S. Lewis,³ un combate intelectual que finalmente selló una duradera amistad y un profundo respeto mutuo. Los dos compartían el amor y aprecio por la literatura y la poesía, pero mantenían puntos de vista muy diferentes sobre la fuente última de ambas disciplinas y su accesibilidad real a la imaginación humana. Para Barfield, la imaginación constituía la puerta de entrada a un mundo existente, cognoscible y real; la significación epistemológica de la imaginación era clave para entender la fuente de la realidad. Para C. S. Lewis, la realidad del mundo imaginario era todo un misterio; no podía desprenderse del paradigma materialista, o al menos no pudo hacerlo hasta casi el final de su vida, cuando pareció acercarse a la idea de la imaginación como vehículo

3. Véase Lionel Adey, *C. S. Lewis's «Great War» with Owen Barfield*, ELS Monograph Series, n.º 14, University of Victoria, British Columbia, Canadá, 1978.

legítimo de conocimiento. Sus intensas, desafiantes conversaciones acompañaron la composición de *Poetic Diction*, que Barfield dedicó a su amigo con estas palabras: «La contraposición es verdadera amistad». Pocos años después, C. S. Lewis le devolvió el cumplido; la dedicatoria de su gran estudio de la literatura medieval, *The Allegory of Love*, reza: «A Owen Barfield, el mejor y más sabio de mis maestros no oficiales».

Barfield recordaba algo que le sucedió antes de comenzar una clase de latín cuando contaba once o doce años y compartía pupitre con su amigo Cecil Harwood.⁴ Era costumbre ilustrar casos de sintaxis con citas de la literatura latina. Ante ellos estaba la sentencia: «*Cato, octoginta annos natus, excessit e vita*». Su amigo la tradujo así: «Catón se marchó de la vida a la edad de ochenta años», y añadió: «Queda muy bonito». A Barfield el comentario se le quedó grabado y lo recordó durante toda su vida. ¿Por qué? A su amigo lo había impresionado la metáfora usada: «*Cato walked out of life*». En inglés moderno habría bastado con decir: «*Cato died*». Pero la otra frase es más figurativa, y lo que Barfield advirtió en ella es que uno puede disfrutar de la metáfora por sí misma. Identificó este hecho con el momento en que nació en él un vivo interés por la naturaleza del lenguaje.

Barfield caracterizó la época en que se crió como un tiempo en el que estaba muy extendida la confianza en un progreso ilimitado. Se suponía que la especie humana se hallaba «en ascenso» y que el conocimiento científico y la tecnología iban a controlar el mundo exterior con una eficacia cada vez mayor. Pero junto a esta fe en el pro-

4. Owen Barfield, *Owen Barfield and the Origin of Language*, Saint George Publications, Spring Valley, Nueva York, 1976, pág. 2.

greso había un profundo pesimismo. La visión puramente materialista concebía el universo como algo que inevitablemente iba a «descomponerse o congelarse en un mero conglomerado de materia inanimada».⁵ Contra esta visión preponderante del mundo, Barfield encontró un elemento esperanzador, positivo, en la poesía; y la metáfora era la «sustancia» y principio del sentido de la poesía. El disfrute de las metáforas, especialmente en la poesía lírica, se convirtió para él en un hábito. Podía realmente vivirlas, y su cualidad lo fascinaba. Sentía que la metáfora da sentido al mundo porque puede cambiar una consciencia, porque puede cambiar el modo en que ésta se relaciona con el mundo. Esta profunda y duradera experiencia es la base de su libro *Poetic Diction*.

Será útil examinar aquí más de cerca el carácter de la metáfora, su modo de fusionar dos niveles de realidad, el material y el inmaterial. Consideremos otra vez la frase: «Catón se marchó de la vida». Literalmente, materialmente, una persona muerta no puede marcharse de ningún sitio. Pero la descripción física «marcharse» referida a la muerte atrae vivamente nuestra atención. Lo material y lo inmaterial se funden en la metáfora, y de esta cualidad se nutre la poesía. Ante el milagro de la metáfora, Barfield vio que la poesía no sólo encierra placer, sino también sabiduría. El placer se desvanece después de leer o escuchar el poema, pero la sabiduría permanece en nosotros y provoca un cambio en nuestra consciencia.

Un cambio similar en nuestra consciencia es el provocado por otras lenguas más antiguas con un carácter figurativo o imaginal más rico que la nuestra actual. Barfield se dio cuenta de que estas lenguas más antiguas expresaban

5. *Ibid.*, pág. 3.

una consciencia diferente de la nuestra. Cuanto más atrás nos remontemos, tanto más figurativo se torna el lenguaje y, por implicación, tanto más diferente la consciencia que nace de este lenguaje. Sencillamente, no hay razón para imaginar un momento en que el lenguaje quede vacío de contenido figurativo. El elemento figurativo sólo podía surgir espontáneamente, a diferencia de la metáfora poética moderna, donde se lo añade deliberadamente.

Barfield observó que el lenguaje había de proporcionar la clave para entender nuestra consciencia y nuestro pasado. En *Poetic Diction* examinó la evolución histórica del lenguaje y, en particular, las opiniones dominantes acerca de cómo se ha producido, según las cuales la evolución del lenguaje y la de la consciencia humana están indisolublemente entreteljadas. Advirtió que debemos hablar de una «evolución de la consciencia». Sólo entonces podremos liberarnos de las restricciones impuestas por el paradigma materialista.

Barfield planteó una cuestión epistemológica fundamental y vital:

Si el significado figurativo o, digamos, imaginal de las primeras palabras era realmente «dado», y no algo añadido a ellas por un hablante individual (que es lo que ocurre cuando se inventa una metáfora), entonces tuvo que haber existido no sólo un tipo diferente de pensamiento, sino también un tipo diferente de percepción. La cualidad gráfica, los significados dados debían de estar presentes no sólo en el percipiente, sino también en lo que éste percibía; debía de estar realmente en el mundo a su alrededor. Debía de existir una forma de participación entre percipiente y percibido, entre hombre y naturaleza. Esto es algo que ya no experimentamos; sólo ocasionalmente tenemos un vislumbre de su

cualidad a través de la imaginación creadora de un pintor o un poeta modernos.⁶

Éste fue realmente un paso radical, si lo tomamos tan en serio como Barfield. Y continúa:

Si admitimos esto, veremos que el lenguaje tiene su origen en esta participación, y en sus estadios más tempranos habría que describirlo como la naturaleza hablando a través del hombre más que como el hombre hablando acerca de la naturaleza; y veremos cómo la evolución posterior del lenguaje evidencia la disminución gradual, con el correr del tiempo, de esta participación.⁷

Otro acontecimiento crucial en su biografía fue el encuentro en los años veinte con la antroposofía, desarrollada por Rudolf Steiner (1861-1925). Este encuentro también se produjo en Cornualles, cuando Cecil Harwood, su viejo amigo del colegio, se unió al grupo un verano para participar en los bailes. Lo hizo acompañado por Daphne Oliver, una amiga que se dedicaba a la música y era maestra de profesión, y que acababa de volver de un congreso sobre educación celebrado en Stuttgart, donde Rudolf Steiner había dado una conferencia. Profundamente impresionada por sus ideas, se las explicó a Owen y a Cecil, que se mostraron al principio escépticos. Sin embargo, su escepticismo se tornó poco a poco en respeto, junto a un interés más profundo por la filosofía espiritual steineriana y por su concepto de la vida. Según el pensador austríaco, era de vital importancia abarcar la extensión real

6. *Ibid.*, pág. 9.

7. *Ibid.*

de la idea de evolución. Barfield fue reconociendo gradualmente en la obra de Steiner una profunda comprensión de la evolución de la consciencia. Esto constituyó para él una fuente de inspiración y una confirmación de sus investigaciones.

A pesar de su propósito de escribir, debía encontrar una forma de ganarse la vida. Hacia 1930 entró en el bufete de su padre como abogado, y éste fue su principal trabajo cotidiano hasta 1959. El ejercicio de la abogacía lo obligó a completar su formación jurídica y a sumergirse en otros problemas y asuntos prácticos de la gente, así como a compartir viaje con la multitud de personas que se desplazaban a diario por Londres y fuera de Londres. Barfield recuerda, leyendo el periódico en el tren, lo deprimido que lo dejó el «comportamiento vergonzoso» de Hitler y el modo en que la mayoría de las publicaciones trataban de disimularlo y apoyaban su política de apaciguamiento. Su carrera jurídica se desarrolló a costa de su vida creadora. Pero, aunque sólo tenía tiempo para escribir ensayos ocasionales,⁸ su mente no dejó de permanecer atenta a los acontecimientos del momento y a los problemas en torno al lenguaje y a la evolución de la consciencia.

Este largo intermedio en la carrera de escritor de Barfield tocó a su fin en los años cincuenta. Influyó en ello la nueva edición de *Poetic Diction* en 1952. La reacción contra el romanticismo, tan virulenta en los años treinta, había reducido en gran medida la repercusión de la primera edición. Pero una contrarreacción a favor del ro-

8. Muchos de ellos se publicaron reunidos en Owen Barfield, *Romanticism Comes of Age*, Wesleyan University Press, Middletown, Connecticut, 1966.

manticismo después de la guerra alteró la opinión general y, cuando a la nueva edición inglesa siguió otra en Estados Unidos, el interés por el tema del libro no dejó de crecer. En este contexto se sitúa la publicación en 1957 de *Salvar las apariencias*.

Una de las cualidades más notables de este libro es la habilidad para comprimir un rango inmenso de conocimiento y experiencia en veinticinco concisos capítulos. Barfield empieza guiándonos a través del proceso fundamental de nuestra percepción del mundo. ¿Cómo percibimos, se pregunta, un objeto material, por ejemplo, un árbol? La moderna ciencia física nos dice que la base última de ese árbol material no es lo que efectivamente percibimos. La llamemos como la llamemos (Barfield adopta el término «partículas»), esta base última no percibida es según la ciencia lo que existe realmente, y no se parece en nada al árbol. Si aceptamos esta concepción, el árbol real es «el producto de las partículas y de mi visión, además de mis otras percepciones sensoriales». Este árbol es una representación o una apariencia, esto es, algo que percibimos que existe. La firme marca de realidad que otorgamos a las múltiples representaciones o apariencias que nos rodean es su carácter colectivo, pues las compartimos con nuestros semejantes. Barfield añade que, cuando escribía esto, los físicos ya no concebían la base última de la materia como una «sustancia», sino como «una base suprasensible o subsensible desconocida». Pero llamemos como llamemos a esta base no representada, el mundo que nos es familiar, cuyas apariencias conocemos, será «un sistema de representaciones colectivas» derivado de la interacción entre nosotros y los fenómenos que nos rodean.⁹

9. Véase cap. I del presente volumen.

El título del libro, *Salvar las apariencias*, ya indica su propósito. Barfield hace notar que el étimo griego de nuestra palabra *fenómeno* «no sugiere enteramente “lo que los hombres perciben desde su interior” ni enteramente “lo que afecta desde fuera a los sentidos del hombre”, sino algo intermedio». Añade que «esto es lo que sugiere la palabra “apariencias”». ¹⁰ Cuando decimos que algo «aparece a nuestra visión», queremos decir que tenemos algo delante de nosotros, que algo se nos presenta. Al mismo tiempo experimentamos que este modo de aparecer es peculiar a nosotros como humanos porque también nosotros transmitimos algo nuestro a lo que aparece.

En esta discusión así planteada, Barfield describe tres tipos de actividad del pensamiento. La primera es lo que hacemos cuando percibimos y contribuimos con algo de nosotros mismos a la representación, que ya no es sensación. Esta actividad convierte lo que sentimos en cosas que nos representamos. A esto lo llama *figuración*. La segunda actividad es lo que hacemos cuando especulamos o investigamos acerca de las relaciones entre las representaciones, tratándolas como independientes de nosotros mismos. Barfield llama a esta actividad *pensamiento alfa*. La tercera actividad es lo que hacemos cuando pensamos en las representaciones como tales y en su relación con nuestras mentes. Podemos pensar sobre el percibir y sobre el pensar. A esta actividad la llama *pensamiento beta*. Tales denominaciones son simplemente términos utilizados para distinguir tres actividades mentales. Es importante entenderlas con claridad, pues desempeñan un destacado papel en todo el libro. ¹¹

10. Véase pág. 82.

11. Véase cap. III.

Con este fundamento podemos comprender el sentido de la idea clave de «participación original», que se expande y fundamenta a la vista del tipo de consciencia de las tribus indígenas y los pueblos del pasado remoto.¹² Barfield demuestra que lo que vive en nuestra consciencia es realmente inseparable (aunque no indistinguible) del mundo que nos rodea; participa en él. La participación original se refiere a la condición de la consciencia cuando en el pasado remoto los seres humanos experimentaban el ser o los seres de su entorno natural hablándoles a ellos y a través de ellos. Era una consciencia figurativa y una consciencia del significado del entorno, un significado que, más que salir del ser humano, *entra* en él. La figuración de los pueblos del pasado era, en efecto, esencialmente diferente de la nuestra: al contrario que nosotros, ellos no podían sentirse separados de sus representaciones. Partiendo de este hecho, nos embarcamos en un viaje que comprende la evolución de la humanidad occidental desde el pasado hasta el presente con la vista puesta en el futuro. Barfield pone de relieve que la manera en que ha cambiado nuestra consciencia de la participación en nuestro entorno tiene consecuencias cruciales tanto para el futuro del mundo natural como para nuestra responsabilidad humana.

La opinión científica más moderna sostiene que hoy vemos y entendemos la naturaleza tal como es realmente, y que las diferentes concepciones de la naturaleza que prevalecieron en el pasado de la humanidad no son más que errores, los cuales se debían a los complicados sistemas de creencias, científicamente erróneos, de nuestros antepasados. La exposición que hace Barfield de la parti-

12. Véase cap. IV.

participación original deja claro que, cualquiera que fuese la idea que los pueblos del pasado tenían de la naturaleza, no estaba determinada por creencias.¹³ También demuestra que lo que *nosotros* vemos cuando observamos la naturaleza sí está en gran medida determinado por *nuestras* creencias. Y éstas han llegado a ser casi universalmente parte del modo en que percibimos el mundo, esto es, de nuestras representaciones colectivas. Barfield dedica una parte sustancial del libro a examinar cómo se produjo este cambio radical: cómo la relación entre consciencia humana y fenómenos naturales se desprendió de los últimos vestigios de participación original.

Lo esencial de la participación original es que lo que para nosotros es el mundo exterior no siempre ha sido simplemente eso. Antes el mundo encerraba una plenitud de sentido similar a la del interior del ser humano. Estaba animado; tenía un alma, igual que un ser humano. La capacidad para sentirlo así fue decayendo hacia el final de la Edad Media. Con la revolución científica surge una nueva experiencia de la naturaleza. Empieza a ser percibida como si fuese puramente exterior y material, como si estuviese «inanimada» y divorciada del mundo del alma humana. Barfield cita a Herbert Butterfield, historiador de la revolución científica, que la define como una «transición intelectual que implica un cambio en el modo de sentir los hombres la materia».¹⁴ Es crucial comprender esta transición tan concreta. Cuando la consciencia humana se transforma, también lo hace la manera en que los seres humanos se relacionan con la naturaleza. Del proceso de participación se sigue que la naturaleza misma también

13. Véase pág. 92.

14. Véase pág. 126.

sufre una transformación real: podemos figurarnos que los seres de la naturaleza abandonan realmente su contacto con el ser humano. La naturaleza queda así vaciada de su significado interno. A este momento decisivo en la evolución de la consciencia alude el subtítulo del libro: «Un estudio sobre idolatría». Cualquier fenómeno del que equivocadamente se crea que es «totalmente independiente del hombre» se convierte en un ídolo. Y esto es, escribe Barfield, «lo que, en su mayoría, son hoy nuestras representaciones colectivas»: objetos exteriores carentes de significado interno.¹⁵ El caso es que esta experiencia fue ganando terreno, acompañada de la idea de Francis Bacon según la cual la naturaleza existe para ser utilizada. A partir de entonces se ha considerado que el poder sobre la naturaleza es un avance para la humanidad, y la naturaleza ha sido estudiada con el fin de saber cómo trabaja y cómo podemos los seres humanos hacer que trabaje en nuestro «beneficio». Porque la naturaleza es de hecho concebida como una máquina que trabaja sin participación humana. Que, a pesar de ser tratada como una máquina, la naturaleza conserve su integridad es una cuestión que aún no se plantea.

Apoyándose en los descubrimientos de la moderna física «posmecánica», Barfield demuestra al comienzo de su libro que, aunque se haya hecho habitual, este concepto del mundo natural divorciado de la consciencia humana es erróneo. Desde la revolución científica los seres humanos están atravesando un estadio de la evolución de la consciencia en el que suponen que su consciencia se halla separada de la naturaleza, cuando lo que sucede es que el proceso real de participación se ha vuelto profun-

15. Véase pág. 96.

damente inconsciente. Barfield centra entonces este estadio en el hecho de que participamos en la naturaleza; en la medida en que ella se nos «aparece». La clarificación de esta relación participante es, como vimos, el motivo principal de todo su argumento. Pero Barfield no nos deja aquí. Si reconocemos nuestro papel protagonista en el acto de ruptura y en sus consecuencias, será responsabilidad nuestra propiciar una renovación de la participación consciente. En este respecto, Barfield ve a lo largo del siglo XX signos de un cambio cada vez más acusado en la consciencia humana. Pero esta renovación no puede ser una reversión, puesto que es subsecuente al acto de ruptura. Deberá ser un avance hacia una nueva forma de participación, que Barfield llama «participación final». En los capítulos XX y XXI define la gravedad de la tarea que encaramos:

Aunque la velocidad a la que se produce el cambio se mantuviese siempre igual, cualquiera que fuese realmente sensible a (por ejemplo) la diferencia entre las representaciones colectivas medievales y las nuestras se daría cuenta de que, sin recorrer una distancia mayor que la que hemos recorrido desde el siglo XIV, podríamos muy bien encaminarnos hacia un vacío caótico o un mundo inconcebiblemente espantoso. Pero la velocidad de cambio *no* se ha mantenido siempre igual. Se ha acelerado y continúa acelerándose.¹⁶

Pero también nos dice dónde encontrar el remedio:

[...] si las apariencias son, como he tratado de establecer, correlativas a la consciencia humana, y la consciencia

16. Véase pág. 170.

humana no permanece inmutable sino que evoluciona, entonces el futuro de las apariencias, es decir, de la naturaleza misma, dependerá de la dirección que tome esta evolución.¹⁷

Es aquí donde radica nuestra responsabilidad. «Toda la unidad y coherencia de la naturaleza depende de la participación, sea del tipo que sea.»¹⁸ Si, habiendo eliminado toda participación original, los humanos no iniciamos una nueva forma de participación, habremos logrado vaciar el cosmos de todo significado y toda coherencia. La evolución de esta nueva forma de participación –la participación final– está en nuestras manos. Es aquí oportuno referirse a Rudolf Steiner y al poeta y pensador romántico inglés Samuel Taylor Coleridge. Ambos influyeron profundamente en la evolución del pensamiento de Barfield. Éste, como aquéllos, estaba convencido de que la imaginación es la facultad a la que debemos recurrir para activar, desde el interior de la esfera de la consciencia, la fuerza que puede redimir nuestro atormentado mundo. En realidad mantenemos una relación conscientemente creadora con las apariencias, esto es, con el mundo natural. Lo que necesitamos comprender es que la salud, la vitalidad y el significado interiores del mundo dependen de la cualidad de nuestro engranaje perceptual con él. La imaginación es la facultad que vigoriza nuestro percibir. En palabras de Coleridge, «la imaginación primaria [...] es el poder viviente y primer agente de toda percepción humana».¹⁹ Ampliar y hacer conscientemente más profunda nuestra percepción mediante la imaginación supone

17. Véase pág. 199.

18. Véase pág. 200.

19. S. T. Coleridge, *Biographia Literaria*, cap. 13.

transformar la actividad de la figuración. Éste es el proceso que abraza la idea de la participación final.

Ser *capaz* de experimentar las representaciones como ídolos, y además ser capaz de ejecutar conscientemente el acto de figuración y de experimentarlas como participadas: eso es la imaginación.²⁰

El uso sistemático de la imaginación será en el futuro un requisito no sólo para el incremento del conocimiento, sino también para salvar las apariencias del caos y la inanidad.²¹

De hecho, leer este libro, asimilar las revolucionarias ideas de Owen Barfield y continuar avanzando con el bagaje de su pensamiento vivo es ya un primer paso por la senda del uso sistemático de la imaginación.

El contacto de Owen Barfield con sus viejos amigos de Oxford, en particular con C. S. Lewis, constituyó para él un importante estímulo mientras trabajaba en Londres. Visitó regularmente a C. S. Lewis y formó parte del grupo llamado los Inklings, que incluía al propio C. S. Lewis, a J. R. R. Tolkien, autor de *El señor de los anillos*, y al novelista Charles Williams. Cuando, a mediados de la década de los cincuenta, C. S. Lewis tomó posesión de una cátedra en Cambridge, lo dispuso todo para que Barfield le sucediese en Oxford. Pero el plan no se materializó, para gran decepción de Barfield.

20. Véase pág. 203.

21. Véase pág. 202.

Su decepción encontró un remedio totalmente inesperado. Tras dejar su trabajo como abogado, su carrera de escritor se relanzó. En los años sesenta publicó dos libros: *Worlds Apart* (1963) y *Unancestral Voice* (1965). *Worlds Apart*, escrito en forma de diálogo socrático, es un penetrante examen de las diversas áreas de conocimiento e investigación que permanecen encerradas en compartimentos estancos, cuando lo que necesitamos urgentemente para aumentar nuestro entendimiento es lograr su interpenetración. Este tema aparece con frecuencia en la etapa siguiente de la vida de Barfield.

En 1964 fue invitado como profesor visitante por la Drew University de Nueva Jersey, uno de cuyos profesores había leído «Poetic Diction and Legal Fiction», uno de sus primeros ensayos. Pronto se despertó en Estados Unidos un interés creciente por dos de sus libros, *Poetic Diction* y *Salvar las apariencias*. Fueron entonces numerosas las invitaciones recibidas por parte de universidades de Estados Unidos y Canadá. La carrera posterior a su retiro duró hasta 1984, cuando contaba casi ochenta y seis años. A lo largo de esta etapa publicó artículos en revistas literarias y filosóficas, muchos de ellos –incluido el arriba mencionado, «Poetic Diction and Legal Fiction»– reunidos posteriormente en *The Rediscovery of Meaning, and Other Essays* (1997), así como un libro breve pero intenso, *History, Guilt, and Habit* (1978), que recogía la esencia de tres conferencias que pronunció en Vancouver. También hizo nuevas y valiosas amistades con colegas de Norteamérica. Saul Bellow, Premio Nobel de Literatura en 1976, admiraba su obra y contactó con él; desde entonces ambos mantuvieron una cálida correspondencia. De hecho, donde Barfield encontró antes a su público no fue en Gran Bretaña, sino en Norteamérica. Más tarde comentaría:

«Toda la reputación literaria que obtuve en el extranjero la establecí allí [...]. Norteamérica es, en este sentido, mi verdadera patria. No podría haber aceptado la invitación de Norteamérica si hubiera tenido una profesión en Oxford.» A esto añadió: «Mi mayor logro no es haber escrito libros, sino haber sido capaz de congregar a norteamericanos».²²

Owen Barfield pasó la última etapa de su vida en la localidad de Forest Row, al sur de Inglaterra, donde vivió desde 1986 hasta su muerte en 1997. Allí recibió a amigos, viejos y nuevos, y se carteo con ellos. De este período data su amistad con Simon Blaxland-de Lange, que lo visitaba a menudo y que con el consentimiento y colaboración de Barfield empezó a escribir su biografía. Blaxland-de Lange hace una descripción conmovedora de sus últimos años. Las tendencias negativas que observaba en la vida política, en la economía y en la atención al medio ambiente le hacían sufrir. La ausencia general de aquel interés que durante toda su vida se había esforzado por despertar en otros –el interés por la evolución de nuestra consciencia y la responsabilidad moral que conlleva– lo dejaba en ocasiones abatido.

Pero en los años noventa una nueva generación de escritores de Gran Bretaña y Estados Unidos, preocupados con la cuestión de cómo entender y superar adecuadamente el *impasse* de la consciencia científica alienada y su objetivación de la naturaleza, encontró en *Salvar las apariencias* la clave para un proceder que parecía cobrar todo el sentido. En su monumental obra *El mito de la diosa: evolución de una imagen* (1991), Anne Baring y Jules

22. Simon Blaxland-de Lange, *op. cit.*, pág. 39.

Cashford reconocieron cordialmente su deuda con Owen Barfield. La obra más reciente de Anne Baring, *The Dream of the Cosmos* (2013), se basa en el triple concepto de participación de Barfield, en cuyas innovadoras ideas también se apoyó Jeremy Naydler para escribir *El templo del cosmos: la experiencia de lo sagrado en el Egipto antiguo* (1996) y, sobre todo, los ensayos reunidos en *The Future of the Ancient World* (2009).

Barfield recibió con alegría un ejemplar del libro *The Future Does Not Compute: Transcending the Machines in Our Midst* (1995), de Stephen Talbott, que «valientemente y sin rodeos desestima la pretensión de que la tecnología de la información basada en computadoras, y en Internet en particular, represente el gran avance en la evolución humana que tantos ansían».²³ Talbott describe de forma bastante sombría la dirección que están tomando el mundo reduccionista y la tecnología electrónica, pero ve en la obra de Barfield, especialmente en *Salvar las apariencias*, la semilla de una auténtica renovación.

Sólo puedo añadir que Owen Barfield se habría alegrado al saber que su obra fundamental iba a publicarse en español y que su concepción verdaderamente revolucionaria de la evolución de la consciencia iba a encontrar todo un nuevo mundo de lectores. A ellos les deseo que la suerte y la claridad de pensamiento los acompañe en su viaje al mundo de Barfield. Termino con dos breves citas de sus conferencias en Norteamérica:

La consciencia no es un minúsculo trozo del mundo que sobresale del resto. Es el interior del mundo entero; o, si usamos el término en su sentido estricto –excluyendo la

23. *Ibid.*, pág. 3.

mente subconsciente—, es *parte* del interior del mundo entero.²⁴

Estoy seguro de que, si un día llegamos a asumir plenamente nuestra responsabilidad, no será retocando el exterior del mundo, sino sólo cambiándolo, lentamente sin duda, desde el interior.²⁵

Sam Betts

24. Owen Barfield, *History, Guilt, and Habit*, Wesleyan University Press, Middletown, Connecticut, 1979, pág. 68.

25. *Ibid.*, pág. 92.





Imaginatio vera

«Estamos bien provistos de escritores interesantes, pero Owen Barfield no se encuentra en la categoría de lo simplemente interesante. Ambiciona hacernos libres de la prisión que hemos construido para nosotros mismos con nuestros propios modos de conocimiento, nuestros falsos y estrechos hábitos de pensamiento y nuestro “sentido común”.»

Saul Bellow

Miremos un arcoíris, nos dice Barfield. ¿Está realmente ahí? Mientras dura, diremos que sí. Sabemos que se compone de gotas de lluvia, de luz solar y de nuestra visión, pero lo único que lo distingue de una alucinación es el hecho de que todos lo vemos. Pensemos ahora en un árbol. Podemos tocarlo, olerlo, y también sabemos que se compone de moléculas y partículas subatómicas que constituyen su sustancia real. Pero si el árbol está compuesto de partículas, éstas son al árbol lo que las gotas de lluvia al arcoíris. Así pues, el mundo que vemos nunca será objetivo: siempre dependerá de nuestra propia percepción del mundo fenoménico, que siempre es correlativa a la evolución de la consciencia humana.

Tomando fuentes tan diversas como la mitología, la historia, la filosofía, la literatura, la teología y la ciencia, Owen Barfield nos presenta un apasionante recorrido a través de la evolución de la consciencia, desde el Antiguo Testamento y Grecia hasta la ciencia moderna, para hacernos saber que el mundo que experimentamos cada día es el resultado del desarrollo de nuestra consciencia participante y de su co-creación simultánea. El tiempo acabará convirtiendo este libro en una obra maestra.

El filósofo, poeta y ensayista inglés Owen Barfield nació en Londres en 1898. Estudió lengua y literatura inglesas en la Universidad de Oxford. Fue miembro fundador del grupo de los Inklings, formado por J. R. R. Tolkien, Charles Williams y C. S. Lewis, para quien Barfield fue «el mejor y más sabio de mis maestros no oficiales». Sus libros despertaron en Estados Unidos un interés creciente que no paró de aumentar hasta su muerte en 1997.

